

pensado nos vamos á encontrar con algún otro poeta-plaga, es decir, algún otro aspirante á académico, que diga *oidiando* ó *mildeviando*.

De todos modos, conste que si D. Víctor no escribe peor en catalán que en castellano, no es más que por una razón.

Porque peor no es posible.

XX.

Si de la misma manera que los modernos tratadistas de Derecho dividen las leyes en sustantivas y adjetivas, dividieran también la poesía los retóricos, ya sé yo á qué clase había de pertenecer la de usted, señor Núñez de Arce; á la segunda.

Porque toda ella es un puro adjetivo.

Y eso que yo no creo lo que cuentan de usted, que cuando se pone á escribir versos mete todos los adjetivos usuales en un bombo como los números de la lotería, y luego, dando vueltas al aparato, los va aplicando según van saliendo.

Como tampoco creo aquello otro que también he oído decir, lo de que no tiene usted más musa que la cesantía, puesto que cuando le dejan á usted cesante los demagogos se venga usted de ellos cantando en católico el *Idilio*, y cuando le dejan cesante los conservadores canta usted en impío *La visión de fray Martín*, y *La última lamentación de Lord Byron*.

No, señor D. Gaspar, yo no creo estas co-

sas, que á lo mejor no serán más que malos quereres.

Bueno que sea usted un poco voluble; digo, bueno no es, pero es verdad... Quería decir que aun cuando sea usted algo voluble en sus creencias, ó en la manifestación de ellas, y aparezca usted en sus versos unas veces cristiano y otras veces impío, eso de que no tenga usted más musa que la cesantía me parece un poco exagerado.

De todos modos, como quiera que es usted académico y poeta, y en los versos de usted hay sus ripios correspondientes, no puede usted menos de figurar en este libro.

Pero le advierto á usted que le voy á tratar con extraordinaria blandura; porque como usted, cuando llegó á ministro, dejó de saludarme, acaso creyendo que le iba yo á pedir algún destino gordo en Ultramar, no quiero darle á usted ni el pretexto más leve para atribuir esta crítica á resentimiento.

A no ser por esta consideración crea usted que le trataría con severidad; pero así... nada, esto no va á ser nada más que un rífi-rafe ligerísimo; casi, casi una jabonadura.

Vea usted por dónde una mala acción le va á producir á usted un beneficio, como al *quidam pétulans* de la fábula.

No crea usted que esto es llamarle á usted petulante, no señor, ¡Dios me libre!

Yo no soy como usted, que llama petulante

á *Maruja*, sin razón por cierto, cuando dice usted en el poema que lleva el mismo nombre de la chica:

«¡Por Dios, que estaba hermosa! Era su gesto
Tan *petulante* y vivo...»

Y digo que no tiene usted razón para llamar petulante á aquella mendiga infeliz porque es seguro que ella no dijo al criado aquello de «*te detesto*» que usted la atribuye. Si lo hubiera dicho sí que sería petulante de veras; pero no lo dijo ¿qué lo había de decir? Eso no lo dice ninguna rapaza de su edad y de su condición. Diría «no te quiero», si es que dijo algo.

Y ya que hemos hablado de *Maruja* y de su poema, le diré á usted que éste, sobre tener como todos los de usted, muchísimos adjetivos, tiene también muchísimos ripios de otra índole, más feos si cabe, como aquel de

«El *lento* río, el lago *sin espuma*.»

¿Qué falta hacía decir que el lago no tenía espuma, si ya había dicho usted que era *manso*?

Sin necesidad de decirlo, por supuesto, porque casi todo es manso en el poema de usted, incluso el conde.

A más de que el lago no gana gran cosa con no tener espuma. ¿Ó cree usted que en el lago el estar sin espuma es una buena cualidad como en el puchero?

También está mal que diga usted más adelante

«Dejar correr las horas *sin medida*»,
porque las horas no se miden, se cuentan... ó no se cuentan. Y tampoco está bien que llame usted *árido* á un árbol, como si fuera un arenal, y *ricos de color* á los días de los condes, como si fueran cuadros.

¿Y qué le diré á usted de aquello de
«Sus pláticas de amor encantadoras
Quiebra de pronto el ardoroso trueco...?»

Pues, en primer lugar, que no se dice *trueco*, sino *trueque*; pero ya sé que á usted le hacía falta el *trueco* para concertar con *eco*. En segundo lugar, que al *trueque* y al *trueco* les pega muy mal lo de *ardoroso*. Y en tercer lugar, que lo de *quebrar* las *pláticas* también es una *quiebra*... fraudulenta.

Más adelante dice usted hablando de la condesa:

«Cubre su seno *incitador*, *espesa*
Y *nívea* malla de *ligero* encaje
De donde arranca *alabastrino* cuello.»

Todo esto es mediano, D. Gaspar; no sólo por los muchos adjetivos, sino también por la poca sintaxis. Porque usted querría de seguro que el cuello *alabastrino* arrancara del seno *incitador*, y por falta de sintaxis arranca del encaje *ligero*, ó, cuando más, de la malla *nívea*... y *espesa*.

Y luego, si la malla podía ser *espesa* para

servir á la *condesa*, ya que no de abrigo, de consonante, y también podía ser *nívea* para llenar el verso segundo; pero después de haberla hecho usted *espesa* ¿para qué la quiso usted hacer de encaje *ligero*? ¿No veía usted que las dos cosas eran incompatibles?

El adjetivo *ligero* aplicado al encaje quiere decir claro, ralo; porque en el sentido natural, ó sea en oposición á pesado, todo encaje es *ligero*. Y si encaje *ligero* es encaje claro, ¿cómo, siendo *ligero* el encaje de la malla de la condesa, puede ser *espesa* la malla, que en resumidas cuentas es el encaje mismo?

Hay que pensar las cosas antes de escribirlas, señor Don Gaspar, y no poner los adjetivos así donde caen... (¡Si será verdad lo del bombol!)

Más abajo nos pinta usted á la condesa *absorta* y *distraída*, lo cual me parece que viene á ser lo mismo, y después de decirnos que no *envidia*, ni *aborrece*, ni *ambiciona*, en contradicción con lo que se desprende de otra página, dice usted:

«Y olvidada del mundo *como un preso*...»

¿Sabe usted que me hace gracia la comparación? ¡Comparar á una condesa boba con un preso.! ¿Y quién le ha dicho á usted que los presos estén olvidados del mundo?

A no ser que aluda usted á Vázquez Varela, que salía de la cárcel, ó á Millán Astray que

le dejaba salir, ó á los curiales que se empeñaban en que no se probara que salía...

También hace usted decir al conde

«*Rendimos la cerviz al santo lazo.*»

Y también está mal. Usted ha oído decir al santo yugo y eso está bien. Pero el *lazo* no es para rendir cervices. Lo mismo le digo á usted que á D. Manuel Cañete, cuando nos habló de «rendir el cuello al... fuego.»

Es extraño que usted, señor D. Gaspar, siendo de tan buena tierra, incurra en impropiedades de lenguaje, pero la verdad es que incurre usted muchas veces. Como cuando dice usted:

«Sabe Dios, á quien *tomo* por testigo...»

en lugar de *pongo*, que es lo corriente; cuando habla usted de emprender la jornada «*con* la fuerza del sol», en lugar de «*por* la fuerza ó á la fuerza del sol», y cuando dice usted «*fiero contra esa pobre*», en lugar de «*con esa pobre*».

Y no le quiero á usted decir nada de un «*ate despido*,» muy prosáico y muy cursi con que el conde amenaza al criado Andrés García, ni del adjetivo *gallarda* muy mal puesto en boca de la condesa para calificar á una rapaza como un arbejo...

¡Ah! ni quiero decirle á usted, porque no hace falta, que aquello de decir el amo al criado que Maruja es

«Más chica que el dedal de tu señora»,

es imitación mala de lo de Campoamor:

«Más grande que la palma de la mano.»

Pues si dejamos á *Maruja* y nos metemos por *La pesca*... ¡no le digo á usted nada!

Allí sí que se pueden pescar truchas, ó dígase ripios, á bragas enjutas de poesía...

Habla usted del pensamiento humano, y dice:

«Que alzando *sin cesar su voz de trueno*
Forja en su *ardiente seno*...»

Lo cual me parece que es bastante disparatado, porque ni el pensamiento tiene voz de trueno, ni es ese el camino.

Después dice usted al mar:

«Pero más, mucho más que cuando *inmolas*
Y *abismas* en tus *olas*

La insolencia...»

Y ese *inmolas* será muy... consonante de *olas*, pero es muy impropio.

Como esto:

«El horizonte corta y se alza *enhiesta*
Sobre la *calva* cresta

Del picacho granítico, una ermita.»

¿*Calva cresta* dice usted? Pues crea usted que las crestas no pueden ser calvas, y que donde hay cresta no hay calvicie.

Vamos adelante:

«Desde el peñón *desnudo y solitario*
Que el blanco santuario
(Este *quión* es casi necesario)

Con su apacible majestad *abruma*,
 Contempla por doquiera la *mirada*
 La costa *acantilada*
 Donde se estrella *con fragor* la espuma.»

¿No es verdad que esta estrofa es muy mala también?

Sí, señor. Porque, aparte de la profusión de adjetivos, ni se sabe si quiere usted que el santuario abruma al peñón ó que el peñón abruma al santuario, ni en el primer caso se sabe por qué el santuario, que, aunque sea *blanco*, no puede tener cuatro sílabas, ha de abrumar al peñón, y menos siendo *apacible* su majestad, al revés de lo que pasa con otras, ni la *mirada* contempla la costa, ni la costa contempla la *mirada*, ni *acantilada* es poético, ni la espuma se estrella *con fragor*, ni nada.

Y vamos á la estrofa XXI, que parece una almoneda de adjetivos:

«Y allí, donde *de pronto* se despliega
 La *pintoresca* vega,
 Siguiendo los contornos *desiguales*
 De la *verde* montaña, *resguardado*
 Por el peñón *tajado*
 De *recios* y *furiosos* vendabales...»

Verá usted: *de pronto*, es un prosaismo. *Pintoresca*, es un adjetivo muy cursi, pero muy largo; casi da un verso él solo. *Desiguales*... ya ve usted, ¿qué remedio tenían los contornos más que ser desiguales? Como la monta-

ña tenía que ser *verde*, á lo menos en la primavera. Lo de que el peñón fuera *tajado* ya es más potestativo de usted, pero no hemos de discutir por tajadura más ó menos. Y los vendabales... sí, los vendabales, ó no son tales, como diría el Sr. Cánovas, ó tienen que ser *recios* y *furiosos*, por lo cual no hacía falta decirlo.

El *resguardado* no se ha sabido hasta ahora qué hace allí ni á quién pertenece; pero en la estrofa siguiente se llega á saber que se refiere á un pueblo que:

«Bajo el amparo de la Iglesia santa
 Sobre la cual levanta
 (Y esto nadie lo aguanta)
 Sencilla cruz sus brazos redentores,
 Sin que la sed de la ambición le aflija,
 Humilde se cobija
 Aquel pueblo de *honrados* pescadores.»

¡Sin que la sed de la ambición le aflija! No dirá usted que este verso no es un puro ripio desde la primera sílaba hasta la última.

Y además no es verdad. Porque también los pescadores tienen sus ambiciones, lo mismo que los académicos.

Después dice usted que

«Un joven pescador de piel curtida
 Por el viento del mar, *áspero* y *rudo*,
 Iba *nudo* por *nudo*...»

Aquí tenemos dos adjetivos entrecomados que no se sabe á quién corresponden: *áspero*

y *rudo*. ¿Quién es el áspero y rudo, el pescador, ó el viento del mar?

Usted podrá decir lo que quiera; pero el que lee sin estar en la intención de usted no lo sabe.

Y la estrofa que sigue también es medianilla.

Dice que el pescador de la piel curtida, *áspero* y *rudo*, si es que el rudo y áspero no era el viento del mar que le había curtido la piel, iba recorriendo la red

«Para coger *los puntos de la malla*
Que en *su* postrer batalla
Rompió, saltando el pez, vencido y preso
En la jornada del *pasado día*,
Cuando la red *crujía*
De la *copiosa pesca bajo el peso*.»

¡Mire usted que este verso último!

Es más que de pe pe y doble v, porque es de las tres pes, como decía un cirujano que eran los vecinos de su lugar: pobres, pocos y porreteros.

«¡De la *copiosa pesca bajo el peso!*»

¡Y luego el *crujir* de la red y el *pasado día*, y el pez *vencido* y preso en la jornada... ¡Cuidado que es malo!

Peró volvamos al pescador, y sabremos que

«Agraciada mujer, *viva* y *morena*...

(Sobre todo, *viva*).

En la *ingrata* faena
Le acompañaba, y *con secreto gozo*
A menudo *ligera como el rayo*,
Mirándole al soslayo
Orgullosa pensaba: ¡Es un buen mozo!
Y él al fijarse, *de impaciencia lleno*...»

Pero, ¿por qué? ¿Por qué ha de estar de *impaciencia lleno*?...

¡Ah, ya! Porque ella tiene un *redondo seno*, *redondo* ¿eh? que el *ceñido* jubón *reprime* y *tapa*... *Tapa* después, para concertar con *gupa*, porque si no... lo primero es tapar, y después reprimir. Y también ella está *muda de embeleso*, para que concierte con *beso*. Lo mismo que antes miraba al *soslayo* y, precisamente *ligera como el rayo*, para que concertara lo uno con lo otro.

Después

«Bajo su *tosca* y *natural* corteza...»

Tosca y *natural*, porque podía ser artificial y fina.

«Oculta la nobleza
De un corazón resuelto, *pero sano*...»

Resuelto, pero sano... De modo que usted cree que lo resuelto no es sano sino por excepción, como usted es progresista, pero poeta... ¡Vaya, vaya!

«Tres meses hace que *al sagrado lazo*
La ya vencida voluntad *rindieron*...»

¿Otra vez? ¡Dale con rendir al lazo!
No, señor; no: eso no se dice.

«Nunca vió la cantábrica montaña,
Honor y prez de España...»

¿Qué honor y prez, ni qué ocho cuartos?
Lo que es eso es ripio, y nada más.

Para concertar con cantábrica montaña,
honor y prez de España. ¡Como si las otras re-
giones no lo fueran tanto!... ¡O como si allí
no hubiera liberales!

«El íntimo y verboso *cuchicheo*,
Semejante al *gorjeo*
De alegres aves...»

No, señor. ¿Quién le ha dicho á usted que
el *cuchicheo* íntimo de los enamorados sea
semejante al *gorjeo* de alegres aves? No se
asemeja en nada más que en la terminación.
Verdad es que esto era lo que á usted le im-
portaba.

Más adelante hay unas *llenas ubres*, que
son *demasiadas* para una vaca sola. Porque
la vaca tiene cuatro tetas, pero ubre no tiene
más que uno.

También hay unos *bellos*, que conciertan
con *ellos*, pero que les sientan muy mal. Y
unos *netezuelos*, que son nietezuelos á todas
luces; y en cambio en *Maruja* hay un *tierní-
simo* que podía ser ternísimo.

Pero no es esto lo más académico, es decir,
lo más malo; peor es aquello de

«Una tímida frase, ¡una tan sola!»

No, señor; una tan sólo, se dice en caste-

llano. Verdad es que para eso era menester
que la *amapola* de más arriba fuera *amapo-
lo*... y esto no podía ser. Pero si tenía usted
absoluta necesidad de decir *sola*, hubiera us-
ted quitado el *tan* y hubiera usted dicho «una
sola». Eso se puede decir; pero «una tan *sola*»
es sólo un disparate.

Después nos habla usted de un «amor *in-
ofensivo* pero *punzante y vivo*» y.... consonante,
como más atrás habló usted de otro «amor
tan *inocente* como *vivo*»; y Rosa también era
viva y morena... todo lo cual me parece que
es abusar de lo *vivo*.

Y en fin, este poema es todo él muy malo,
casi tan malo como *La visión de Fray Martín*,
que no tiene pies ni cabeza... ni poesía.
Pero aun el *Idilio*, que es lo mejor que ha
escrito usted, también está lleno de incor-
recciones.

¡Y cuidado que es hermoso el *Idilio*!

Yo no sé si será verdad que ha plagiado us-
ted el argumento. Lo que sé es que el *Idilio* es
bellísimo.

Con decirle á usted que le he leído muchas
veces, y todavía no le puedo leer sin que se
me salten las lágrimas, me parece que digo
bastante.

Pero siendo tan bello ¡qué prosaismos y
qué ripios tiene!

Hay un verso que dice:

«Al cabo pude abandonar el lecho.»

¿Cree usted que esto es poesía?

«*Al cabo pude abandonar el lecho;*
Mas, ¡ay! *no sin despecho,*
Porque *á medida* que la sangre...» etc.

No, señor don Gaspar, no; eso es pura prosa.

¡*Al cabo... no sin despecho... á medida!*..

¿Y esto?

«Al pie, tendido en la agostada alfombra,
De un árbol cuya sombra
El sol calienta, pero no traspasa.»

¡Usted sí que traspasa los límites racionales del hipérbaton!

Y si no convenza usted al lector de que no está usted ahí tendido *en la agostada alfombra de un árbol.*

Nada; que eso es un logogrifo indescifrable.

Y aquel *prestóla*, consonante de *sola* de la estrofa VI, un prosaísmo insufrible.

Y esto un ripio muy feo:

«¡Cuán hondo surco en mi memoria *labra!*
La primera *palabra...*»

Y no es la primera. Porque siempre que tiene usted que decir una *palabra*, se nos mete usted á labrador, y *labra* usted cualquier cosa: surcos ó disgustos; lo que cae.

Porque en *la Pesca*, también escribió usted:

«Si mi franqueza tu disgusto *labra*
No diré una *palabra.*»

Tampoco se libró el *Idilio* de la nube de

adjetivos que cae sobre todos los versos de usted.

¿Qué se había de librar, si hay estrofas que quitando los adjetivos se quedarían en nada? Como esta:

«*Rápidas* al pasar y *halagadoras*
Las *no contadas* horas
Nos hallaban *tranquilos* y *risueños*
Hasta cuando la noche *negra* y *fría*
Piadosa nos rendía...»

También hay una «confusión ruidosa *pero grata*». ¡Qué peros usa usted! Y una *loca cabalgaba* (lo *ca-ca*) que si no huele mal, por lo menos es muy mal sonante. Y un «*dándoles* gracias al cielo» que no concuerda. Y una emoción intensa y *viva* ¡dale con lo vivo! Y un arroyo que *proyecta* una torre en lugar de *reflejarla*, sobre lo cual podía usted hacer un cambalache con su compañero de Academia D. Víctor Balaguer, el que hace á los cuerpos reflejar sombra.

De modo que con dos académicos se puede hacer un escritor regularcillo.

Todos estos defectos del *Idilio* y otros muchos que omito por no alargarme demasiado, se los perdonaría yo á usted en gracia de la belleza del conjunto. Lo que no le puedo á usted perdonar es que en la última estrofa, en lo más tierno é interesante del poema haya puesto usted este verso infame:

«*Grité con ansia inacabable* y *fiera*»,

donde están mal el *grito*, el *ansia*, el insufrible adjetivo *inacabable* y todo.

Se había muerto *ella*, volvía usted del estudio y dice usted:

«Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita,
A cuyos muros me llegué temblando,
Aguardábame sola y enlutada,
Mi madre idolatrada
Que se arrojó en mis brazos sollozando.

La estreché desolado y convulsivo.

—¡Murió! ¿para qué vivo?—

Grité con ansia inacabable y fiera...»

¡Qué había usted de *gritar*, hombre! Ahí no se puede gritar. Es imposible. Gracias que se pueda sollozar, ó murmurar, ó suspirar, ó decir; pero gritar, nunca.

Y luego, con *ansia inacabable* precisamente...

Conque adiós, D. Gaspar. No dirá usted que no le he tratado con dulzura.

¡Ah! Y no se moleste usted en ir diciendo por ahí que no tengo gracia ni gramática, porque ya lo conocerá el público.

Las cosas que están tan á la vista no se deben contar á nadie.

¿Qué necesidad hay de decir, por ejemplo, que usted es bajito de estatura, si lo ve todo el mundo?

XXI.

(VERBOS EN CAZUELA.)

Llegamos al conde de Cheste, ó sea á don Frey Juan Manuel González de la Pezuela, que viene á ser el Prior, y aun el peor, en el conventículo antiliterario de la calle de Va-al-verde, número 26... Es decir, que llegamos á lo último.

Y aunque el conde de Cheste ha sido ya juzgado y condenado también como mal poeta en el libro de los *Ripios Aristocráticos*, con todo, por su condición de jefe de la Academia ó gran limpia-vocablos nacional, no puede quedarse sin ración en este libro, para que no haya lugar á decir aquello de que «el mejor danzante, sin castañuelas.»

Tiene costumbre el buen conde de Cheste, que es fino y cortés con todo el mundo, menos con la literatura, tiene costumbre de reunir en su casa, cada año una vez, á sus compañeros de disipación del idioma, para darles una cena y una velada literaria.